[EL ÁRBOL SECO](#_top)

[FRENTE A MI VENTANA](#_top)

[Copyright©](#_top)

[Date Oct. 20, 2016](#_top)

***De la vida real***

Volumen 1

**Capítulo 13**

La celda donde había estado por casi un mes estaba en la planta baja. Su camastro tocaba la pared que le separaba de los inodoros. Por esa razón siempre había mucho ruido. El ruido que producían los inodoros al ser descargados era lo más parecido al que producen las turbinas de un jet antes de despegar. Además, en la posición donde estaba su cama, la luz en el techo del salón que dejaban siempre encendida cuando apagaban las luces de esa área, iluminaba su cama. No podía bloquearla a menos que se tapara la cabeza. Ya había pedido hacía una semana que lo cambiaran de allí. Pero una tarde conversando con su amigo brasileño, éste le mencionó que uno de los presos que compartía la celda con él se había ido. La celda donde él estaba era en el *mezzanine* y estaba ubicada en una esquina. Por esa razón era una de las celdas más agradables pues en la noche aunque quedaran luces encendidas, esa porción recibía un cono de sombra. Para dormir era una maravilla. Le sugirió pedirle el traslado al *deputy* que estaba en turno ese día, un latino muy condescendiente, uno al que le gustaba hablar con los presos y no era extremista. Julián hizo lo sugerido y le planteó la situación. El hombre le dijo que esperara hasta las nueve y treinta de la noche, que si de la planta baja, desde donde arribaban los presos, no habían asignado a nadie a esa celda, era para él. En efecto a las nueve y treinta el *deputy* fue a decirle a Julián que podía mudarse. Esas eran las menudas cosas que ocurrían a veces que eran grandes y que llenaban el corazón abatido con un poco de gratitud a la terrible desdicha. Le dio mucha alegría, y su amigo el brasileño también se sentía gratificado, porque sabía que tendría de compañero a alguien callado, decente y honrado, algo que no era común en ese lugar.

El día 24 de diciembre tuvo la visita de su querida esposa y hermana. Aunque lo deseaba (por supuesto), esas visitas a través de un cristal, hablando por un teléfono, era desalentador. La despedida era inaceptable, y la suma de estas cosas le dejaba un gran desconsuelo al final. Con el cambio de celda ocurrió también un cambio en su forma de ver las cosas. Como le dijo a su amiga Laura por teléfono: “*lo he tomado con resignación*”, aunque a decir verdad no le gustaba esa frase.

Fue increíble, pero cierto. El cambio de celda le había afectado muchísimo de manera favorable. En algún momento después de esto, razonó consigo mismo que no estaba del todo solo, que antes no estaba aceptando lo que tal vez fuera la respuesta a sus peticiones. Ponía sus inquietudes en manos de Dios, pero luego, como le dijo una vez su sabia esposa, las volvía retomar. Estaba forzando a Dios a responderle a su manera.

La mañana del 25 de diciembre fue clara, serena, preciosa. Al asomarse a la ventana —ahora de una posición más elevada— contempló el cielo azul que daba paz a su alma; estaba colmado de blancas nubes. Abajo, el canal, reflejaba el brillo del sol y sus aguas parecían correr cuan rizadas se veían. La luz del sol proyectaba en la pared de la celda su poderoso espectro. También la tarde se desarrollaba de manera ordinaria; nada le hizo recordar que celebraran la navidad. No había ningún árbol adornado, o guirnaldas, o regalos; no había postales colgadas. Aunque no fuera para Julián importante, dado que él no sigue esa tradición, solo escuchó un par de veces “*Merry Christmas*” por parte de algún oficial, porque tal vez lo hicieran por ironía. La comida se retardó esa tarde, y la única diferencia fue que en vez de las dos galletitas de dulce acostumbradas, pusieron un pedacito de bizcocho.

En la noche, alrededor de las ocho, un grupo de presos, cerca de su celda, prepararon un “burrito” al que Julián denominó: “Burrito *Paul Rein*”. Medía unos dos pies de largo. Era un rollo que preparaban con el pan que guardaban desde la mañana. Hacían una masa, le pasaban un “rodillo” (un pomo plástico de los de desodorante) y luego rellenaban la masa de pedacitos de jamón (de las ruedas de Boloña que daban siempre en el almuerzo), pedacitos de queso, pasta de las sopas instantáneas que compraban con el dinero que ponía la familia, nachos triturados, etc. Todo lo que encontraban. Hacían un rollo y luego lo calentaban en el micro honda que dejaban utilizar. Pero a Julián no le apetecía porque siempre fue muy escrupuloso y consideraba toda esa manipulación muy antihigiénica. No dijo nada, solo que no deseaba comerlo. Pero su amigo brasileño decía que estaba mejor que la comida que les daban. Fue una sorpresa para Julián porque el brasileño parecía más melindroso que él.

El día 26 parecía que iba a llover. Aunque había sol, el cielo estaba cubierto de nubes y la brisa hacía parecer que el agua del canal se movía en dirección sur. Las noticias del tiempo anunciaron que durante la noche las temperaturas habían bajado a 30° F. En la mañana (día 27) ya habían subido a 54°. Y Julián seguía esperando.

El día 28, alrededor de las nueve y treinta de la mañana lo llevaron a ver a una enfermera. Se trataba de una mujer latina de unos treinta años, gruesa y tatuajes en todas las partes visibles de su piel. Tenía una actitud muy desagradable. Lo mandó sentar mientras en silencio ponía nombres a unos tubos de sangre extraída del preso anterior. Julián le preguntó si le iba a extraer sangre. Ella, con actitud descompuesta le respondió: “*Actually, ¿what is your name? And good morning*”. Ya con esas maneras, ella le estaba dejando saber la clase de persona que era. Era a ella a quien correspondía decir *good morning* cuando le pidió a Julián que se sentara, pero no lo había hecho. A su irónica y déspota pregunta Julián solo contestó con su nombre. Luego dijo, sin deseos de hablar, que querían chequear el potasio, el hierro y la hemoglobina. Como de entrada a Julián no le gustó su aspecto, y ahora mucho menos, decidió que no quería que ella le sacara sangre. Entonces con actitud ofensiva le extendió una planilla que Julián tenía que firmar. Él la firmó muy a gusto y ella con actitud de revancha le contestó “*Have a good day*”. Julián no le devolvió el saludo y se retiró. Pensándolo bien a Julián ella le parecía más apta para estar allí como presa que muchos de los que estaban allí.

Comenzaba el día 29… para Julián, otro día desconcertante. Se acercó a la ventana muy temprano. Las aguas del canal estaban quietas y claras como un espejo. El reflejo de los árboles cercanos era muy nítido, hasta las nubes se definían con claridad. En realidad todos los días a finales de diciembre fueron muy claros y bonitos. Por alguna razón desconocida, ese día tuvo más deseos que otras veces de escribir. Escribir algo diferente. En realidad, ya no estaban sucediendo cosas de mucha importancia relacionadas con el caso. Por eso comenzó a escribir historias cortas para niños.

La primera que se le ocurrió fue la historia de una niña y su amigo —un pájaro— a quien ella le salvara la vida. Este fue solo el primero. De ese pasó a escribir otro, y otro más, hasta llegar a contar 8 cuentos. Para tener una idea del efecto que podrían tener, se los leía a sus compañeros, a Julio del Perú, a José el brasileño, y así por el estilo. Uno de ellos, Julio, era padre, así que podía apreciarlos mejor. Su opinión fue que estaban buenos. Ese fue otro incentivo que recibió Julián que le ayudaba a seguir aguantando.

De cuando en cuando el estado de ánimo de Juliá estaba pésimo. El día 30, bajó las escaleras por bajar, no sentía deseos de nada. Hojeó el periódico sin que esto le hiciera sentir ninguna sensación, de manera que subió de inmediato y se echó en su camastro. Su amigo brasileño dormía con sus ojos envueltos con la toalla bloqueando la luz del precioso día. Después de estar un rato con ese desgano, se puso de pie cerca de la ventana. Aunque no era mucho lo que se podía contemplar, para él resultaba relajante. En ese momento había un montón de pájaros blancos conocidos como ibis, deambulaban de un lado a otro del canal introduciendo su largo y arqueado pico en las orillas buscando alimento. La vida afuera continuaba su curso normal. Allá a lo lejos se advertían los autos pasar velozmente por la autopista I-95. Y a Julián se le ocurrió pensar que ninguno de aquellos conductores siquiera reparaba que en el edificio gris al oeste, donde tal vez alguien miraba por una ventanita tratando de consolar su ansiedad.

Esa tarde, dormía antes de la hora de la comida y estuvo soñando. Soñaba que estaba en su casa y que el reloj marcaba las dos y treinta de la tarde, hora cuando Julián casi siempre tomaba su tacita de café cubano. Cuando se disponía a prepararlo, despertó, como suele suceder en los sueños. En ese momento tuvo un fuerte deseo de probar ese aromático café que hacía ya más de un mes no probaba.

A fuerza de tantos días a la expectativa de si le llamaban… había aprendido que cuando alguien se iba, casi siempre sonaba el teléfono en la estación del *deputy.* Algo que podía suceder a cualquier hora del día, sin importar que fuera de madrugada.

Llegó el último día del año 2010. Una vez más el día allá afuera estaba claro, brillante y hermoso. Pero para ellos, los encerrados, no existía el sentir de la brisa propia de la libertad, ni del calor agradable del sol. En su lugar tenían que soportar un aire acondicionado a extremas bajas temperaturas, obedecer los gritos y órdenes de las manos, como tratándose de perros y aguantar las actitudes descompuestas tanto de presos como de oficiales: Prohibido pararse frente a la ventana, no acercarse mucho al *deputy,* no llevar ningún alimento a su celda… y muchas, muchas cosas más. Del alimento, devorar aquellas minúsculas e insípidas porciones que nunca saciaban el apetito en un tiempo asignado. Nada de tomarlo como para relajarse ni mucho menos.

Ese último día del mes y del año 2010, esperaba Julián con ansias la noche para ver a su querida esposa. Le avisaron de la visita, como siempre pasado de tiempo, eran las ocho y veinticinco. Al llegar a la ventanilla ¡cuál no sería su sorpresa! Cuando vio que a su esposa la acompañaba uno de sus amigos, José Paul. Le dio un saludo con su acostumbrado tono sereno y risueño. Estuvieron hablando un buen rato. Luego le pasó a su querida esposa. Ella vestía una elegante chaqueta gris con un suéter rojo por dentro. “¡Qué bueno, la noté más repuesta! Sin embargo, me dijo que eran las apariencias, que no había aumentado de peso. Entonces era su semblante, la tranquilidad de saber que ahora faltaba menos para estar nuevamente a su lado. Yo albergaba la ligera esperanza de que fuera el lunes”.

No tuvo noticias del abogado y eso lastimó su esperanza. Le invadió cierta intranquilidad. Julián decía que aunque la visita se espera con singular expectación, luego lo dejaba con una absoluta aflicción. Eso era natural. No era fácil ver alejarse a su ser amado, sin siquiera haber sentido el toque de sus manos, ni aspirar su aliento, ni el perfume en su cuello. Al llegar de regreso a su deplorable aposento sentía un nerviosismo interior muy desagradable. Se dejó caer a la cama. No tuvo deseos de hablar ni con su amigo brasileño. Se adormiló un poco de un costado mirando hacia la pared.

*“Cuando el reloj marcó las doce de la noche no sabía Julián que iba a escuchar la algarabía que se armó. El deputy en turno a esa hora, que por cierto es uno de los más estrictos que hay, uno que no deja hablar cuando son las 11 en punto de la noche, gritó: ¡Happy New Year! Y de inmediato los presos gritaron a una: ¡Happy New Year, Happy New Year, Happy New Year! Hasta que el mismo deputy tuvo que mandarlos a callar. Pero lo que siguió a eso fue increíble para mí: comenzaron a lanzar fuegos artificiales… imaginarios. Como yo no sentía deseos de levantarme, creo que los disfruté más en mi imaginación. El ruido que produjeron con la boca y no sé si con las manos, era exactamente el mismo que se escucha segundos antes de estallar el artefacto. Y los estallidos... ¡increíbles! A veces estaba en dudas, por lo real que parecían. Naturalmente, sabía que no era posible lanzar fuegos artificiales allí precisamente. Pero me hicieron “ver” un espectáculo con los ojos cerrados”.*

Afuera, cuando la gente lanza fuegos artificiales, se sienten continuamente a las doce de la noche, pero luego se van apagando y se sienten algunos esporádicos. Ellos hicieron lo mismo. Ya, como era el colmo, el *deputy* los mandó callar con amenazas.

Comenzó el año 2011. Julián se asomó a su limitado y pequeño mundo exterior. El día era claro, el canal, con sus aguas crispadas y decorado de blancas garzas que ya se movían rebuscando en las orillas, calmaban las ansias de Julián. El triste árbol seco frente a su ventana se balanceaba un poco de vez en cuando. Julián no sabía qué esperar, no sabía interpretar lo que sentía allá adentro en sus entrañas; tal vez fuera la angustia de su alma. No era solo tristeza, era una mezcla de indiferencia y estoicismo a la vez.

*“El día 2, todo estaba en calma afuera y adentro. Nada sucedió. Nadie me llamó; no hubo expectación. En la noche me puse a registrar donde guardaban los juegos de mesa, y encontré uno que nunca vi jugar a nadie. Lo tomé y me senté a organizarlo. Inmediatamente alguien vino interesado. Era un juego de formar palabras. Me hizo recordar mi juego de “Up words” que tenemos en casa, y que de vez en cuando jugábamos. Después fui a comunicarme con mis familiares, pero me fue imposible. A otros les sucedió lo mismo esa noche. Me fui a la cama, comencé a sentir un poco de ansiedad. Me puse a leer la Biblia hasta las doce de la noche. Luego oré fervorosamente. Creo que me quedé dormido con palabras de súplica en mi boca cuando me envolvieron los brazos misteriosos del sueño... y caminaba yo temprano en la mañana por aquellas calles que me eran familiares, cuando algo hizo que sintiera pánico, terror.*

*“En un lugar de estacionamiento conocido había un camión de cama larga, donde había dos individuos a los que la policía ponía monitores en sus pies. Al observar el procedimiento busqué la forma de esquivar el camino. Comencé a caminar por un lugar desconocido buscando dónde esconderme y encontré una puerta entreabierta… estaba oscuro, era un lugar de desahogo. Empujé la puerta y había un individuo tapado de pies a cabeza con una colcha como la mía. Continué el camino, y pensaba que no, que no quería estar en casa con uno de esos monitores de aquellos en el pie. Fue entonces que desperté con una profunda angustia. Me quedé pensando por unos segundos un poco asustado”.*

Era ya el 3 de enero. El sueño de la noche anterior había hecho a Julián sentir desconcierto. La idea de que pudieran ponerle aquel monitor que vio en el sueño, comenzó a hacerse real en su imaginación. En la tarde recibió correspondencia de su esposa y de Ana y Aurora. Una era una postal con paisaje de campo nevado preciosa. Esa provenía de Ana. Una de las cartas también fue de ella, y una de Aurora junto con dos de mi esposa. Tenía al menos algún aliciente, pero este solo subsistió hasta que habló con su familia. Sí, tuvo noticias. Su hermana le comunicaba que el abogado le había dicho a su hijo que iría en cualquier momento esa semana, pero los detalles dejaron a Julián perplejo. ¡Cómo era posible que un sueño se hiciera realidad de esa manera! ¿Por qué no sucedía con los buenos sueños? Justamente Julián estaría confinado dentro de su casa con un monitor como el del sueño, atado al tobillo. Le sentó muy mal y se lo hizo saber a su hermana. Esta comenzó a animarle diciéndole que por el momento era una victoria. Estaría en su casa. También, que tendría autorización para ir a sus citas médicas. Pero, ¿qué tal llevar a mi esposa al trabajo? Eso no, eso no estaba en los planes.

*“Fui breve esa noche al teléfono. No obstante, le pedí que le dijera a mi esposa que yo quería hablar con el abogado. Mi hermana la llamó en el momento a su celular y pude escuchar su voz diciéndome que por fin pronto estaríamos juntos de nuevo. Entonces, sus palabras comenzaron a hacerme conciencia. Era cierto. Sentí un poco de alegría, si así se le podía llamar, y terminó nuestra conversación.*

*“Escribía estas palabras apoyado sobre una de las mesas del salón, cuando me llamaron.* *Era el día 4 de enero en la mañana. Tenía visita. En el acto me puse de pie, estaba casi seguro de que se trataba de mi abogado. Bajé las escaleras y al llegar a la sección noto que se trataba de mi amigo espiritual, como lo llamaba. Una vez más, otra decepción. Pero era de apreciar que se interesara en mí. Estuvo conversando conmigo y dándome ánimo. Luego, en la tarde, recibí correspondencia una vez más. Una de mi esposa y otra de Aurora. No cabían dudas de que los buenos amigos se llegan a conocer mejor cuando estamos en las malas.*

*“Después de leer las cartas me senté en uno de los butacones. Allí estaba sentado uno de los presos que trabaja como trustee. Era la primera vez que sostenía una conversación con él. Su nombre es de origen oriental, según me dijo es musulmán, original de Marruecos. Muy educado. Me comentó que era la primera vez que pasaba por esa experiencia. Me explicó que trabajando allí se había beneficiado pues le habían rebajado 6 meses de su condena. Conversamos acerca de mis libros y se interesó mucho”.*

En la tarde, Julián tuvo la visita de su abogado. Según le contó había estado enfermo con gripe, él, su esposa, su suegra y el pequeño bebé de solo un mes de nacido. Por eso no había podido ir a verle. Sin embargo, sí había estado comunicándose con la sala de audiencias debido a que no recibía respuesta del juez. Finalmente lo habían llamado y le habían comunicado que después de revisar el DVD habían comprobado que no había suficiente evidencia. Le explicó que al juez le pareció necesario que se le pusiera el monitor a Julián. Y le explicó que en un mes o dos presentaría una moción para pedir que le concedieran resolverlo. Pero que, de momento, al día siguiente en la mañana saldría. Después podría ir a verlo, así como de ir a sus visitas médicas. Solo esas dos cosas. No podría siquiera salir al patio de su casa. Esto le sentó muy mal a Julián. “¡Cómo es posible Dios mío! ¡Ni que fuera yo un asesino!” Al final de la conversación Julián se sentía más sereno aunque muy descorazonado, preocupado y angustiado.

El horizonte era turbio y tenebroso, aunque al día siguiente tal vez habría una mañana clara y brillante, y que, como dijo él, “todo saldrá bien”, se le alegró un poquito el corazón, solo un poquito. Pero cuando pensó que podría continuar con su tratamiento natural contra el cáncer y visitar a su médico, algo que se había interrumpido por más de un mes, reconoció que era un paso importante.

Después de la visita, Julián se puso en comunicación con su hermana de inmediato para comunicarle la buena nueva. Ahora estaba más cerca de salir de ese encierro de lo que había imaginado, y no era imaginación. Pero a pesar de todo, por haber tenido tantos desengaños, no podía “ver claro” con seguridad ese suceso. Solo tenía que esperar.

El día 5 de enero, en la mañana, se levantó más temprano que de costumbre, y con deseos de escribir. ¿Recibiría la sorpresa esperada, o se convertiría en un azaroso día más? En la tarde tuvo la visita de aquel amigo espiritual que le había visitado anteriormente. Estuvieron conversando, como siempre, por espacio de media hora. El hombre le deseó lo mejor de la vida; nadie deseaba eso con tantas fuerzas como él.

Pero volvió a despertar el día 6 de enero, allí, donde no existe la noche y donde no calienta el sol su piel. De manera que sintió una gran tristeza. *“¡Cómo era posible que aún no hubiera sucedido nada Dios mío!*” –exclamó.

*“Era temprano, como días atrás, lo primero que hice fue pararme frente a la ventana, siempre asechando que no me vieran. Pero era algo que necesitaba hacer inevitablemente todos los días. Este, particularmente, podía resultar la última vez... ¡Qué regalo presenciar un hermoso amanecer! Esperé hasta que la luz del sol me impidió seguir mirando. Tengo el presentimiento de que hoy será el día. Fue un bonito comienzo para mí.*

*“Después de ir al baño, separé y puse en orden todo lo que me llevaría: 4 sobres de manila con mis escritos, incluyendo mis cuentos infantiles. Las manecillas del reloj de pared del salón continuaban su recorrido incesante alrededor de la esfera del tiempo sin apresurar su paso. Yo seguía esperando ilusionado. Ya no podía escribir. Mi meta era llegar a 10 cuentos infantiles, pero ahora, con la zozobra de la espera, me era imposible.*

*“La tarde arribó, la hora de la cena también, y un escalofrío recorrió por mi cuerpo. Ninguna noticia, ningún aviso, ninguna señal. Y arribó también la noche. Era fácil notar que mis ojos no tenían ya el brillo de la esperanza o de la ilusión. Hablé con mi familia; ellos estaban tan desorientados como yo. Sabían lo que yo les había dicho. Ahora era yo quien les daría noticias y, al momento, no tenía ninguna. Si me avisaban en horas en que pudiera llamarlos, se los haría saber. Mi amigo brasileño seguía con su optimismo. Me veía saliendo de un momento a otro. Sin embargo, con la noche, llegó la hora de dormir. ¿Dormir? Quién podía dormir con semejante incertidumbre y ansiedad. Me acosté, con mis cuatro sobres de manila preparados debajo del camastro y el corazón agitad. ¿Vería una vez más el amanecer desde mi ventana?”*

Este capítulo es uno de los más extensos de la obra, pero de ningún modo capaz de satisfacer o formar un crisol enriquecido de los elementos necesarios para definir aspectos de justicia y compasión. Es completamente irracional hacer una justa definición a menos que dispongas de la información cabal. En ese sentido… te recomiendo leer los dos volúmenes. El volumen II estará disponible pronto. El autor.